

EDITORIAL
DE EL NUEVO DÍA

SOMBRAS SOBRE UNA SECUENCIA TRÁGICA

Las circunstancias que rodean el deceso de Miguel Cotto, padre, atribuido preliminarmente a un infarto cardiorrespiratorio, plantean serias y preocupantes interrogantes en torno a la capacidad de respuesta rápida de los servicios de auxilio médico requeridos a través del sistema 9-1-1.

A bonan a esa preocupación las declaraciones del director del Cuerpo de Emergencias Médicas (CEM), José Alicea, las que, en lugar de despejar dudas sobre el funcionamiento del sistema, levantan profundas interrogantes que necesitan investigación y respuestas claras.

Los datos fácticos del lamentable incidente según han sido reseñados por los medios, son los siguientes: el señor Cotto, padre del ex campeón boricua del mismo nombre, conducía su vehículo por una carretera de Caguas cuando poco después de las dos de la tarde se detuvo frente a un establecimiento y pidió a un empleado que llamara urgentemente una ambulancia ya que no podía respirar bien. El empleado, Douglas Meléndez, utilizó su teléfono celular y a las 2:04 de la tarde llamó al sistema de emergencias 9-1-1 describiendo la situación y el lugar de la emergencia.

Pasaron varios desesperantes minutos sin que llegara la ayuda de emergencia solicitada. Meléndez hizo dos llamadas adicionales al 9-1-1: a las 2:15 y a las 2:53 de la tarde. Tampoco apareció la ayuda. A eso de las 3:15 de la tarde -una hora y 11 minutos después de la llamada original- el señor Cotto falleció prácticamente en el piso del establecimiento.

La ambulancia nunca llegó. Ayer, el director del CEM alegó que la respuesta de emergencia al sistema supuestamente tardó 39 minutos. Pero el dato cierto es que a la escena del incidente nunca llegó una ambulancia, sino una Unidad de Respuesta Rápida del CEM a eso de las 2:43 de la tarde, 39 minutos después de la llamada de Meléndez a las 2:04 de la tarde.

Justificó la trágica falta de una ambulancia afirmando que

“las unidades más cercanas estaban ocupadas en ese momento” por lo que hubo que despachar unidades desde Cayey y Juncos a partir de las 2:15 de la tarde.

Es decir, con una tardanza imperdonable de 11 minutos desde que se hizo la primera llamada en solicitud de auxilio al 9-1-1 hasta que se notificó al Centro de Emergencias Médicas. ¿Qué motivó esa tardanza?

Ese es un dato medular que debe ser investigado y aclarado, sin dejar lugar a suspicacias, así como la determinación de si las unidades de respuesta estaban en el lugar donde se reportaron.

Consterna escuchar al director del CEM dando por sentada la exclusión de negligencia de su agencia, simultáneamente con su aceptación de que no podía aclarar las incongruencias que rodean esta situación ya que sólo tiene datos de una investigación preliminar de los hechos. ¿Cómo puede inferir entonces que no hubo negligencia sin los resultados de una investigación concluyente?

La aceptación de que no había a la mano ambulancias cercanas para atender la emergencia apunta hacia la posible carencia de recursos adecuados para atender las llamadas al sistema de emergencia; la tardanza de once minutos entre la recepción del pedido de ayuda y el aviso al sistema 9-1-1 podría ser indicativo de una falla de comunicación.

Un servicio en el que la pérdida de un minuto puede ser la diferencia -literalmente hablando- entre la vida y la muerte, requiere contar con todos los recursos físicos y humanos de rigor. Una investigación seria y profunda debe responder a ésa y a otras preguntas en torno al lamentable desenlace de este incidente.

BUSCAPIÉ

HUÁSCAR ROBLES CARRASQUILLO

3, 2, 1

Ojo por ojo y diente por diente. Aquí en la tierra una sola ley. Y que digan lo contrario que les vació el peine en la cara.

¿15 tiros? Sí, Pepe, fue en defensa propia. Que policía bruto. Si hubiera sido yo con una entre las cejas bastaba. ¡Que clase e’ “rookie”!

El hombre alardeaba y los panas escuchaban. Gesticulaban con las manos y estallaban en risas. El olor a cerveza rancia y sudor impregnaba el recoveco. Noche de fin de año con tufo a macho.

Tres, dos, uno. ¡Happy New Year! Pero no fue tan “happy” na’. Empezamos como acabamos: vendettas y balas al aire. Perdonen que sea tan pesimista, pero el año nuevo no va a traer dichas ni bendiciones si nos quedamos de brazos cruzados pontificando en bares de mala muerte.

Fueron casi 900 los asesinatos del 2009 y el 2010 va en las mismas. Y no es para menos. Al parecer gravitamos hacia la violencia.

Desde pequeños nos obsequiaban pistolas, espaditas y otras representaciones fálicas para aprender a doblegar y dominar al prójimo.

“Mira, bebé, lo que te trajeron los Reyes Magos: un ninja, un AK-47 y un G.I. Joe, ‘the real american hero’”.

Hoy los chamaquitos practican a degollar a sus contrincantes. “Slash, slash”, usan el control del Wii como hachas que atraviesan y salpican de sangre sus avatares en videojuegos hiperreales.

Es como si entrenáramos para una guerra simbólica, un eterno conflicto con nuestra insuficiencia. Es mucha presión ser macho y cuando cuestionan nuestra hegemonía, nuestro territorio o masculinidad, le vaciamos el peine a cualquiera.

Qué mucho incomodaba mami con eso. “Mira, aprende a ladrar, m’ijo”.

Pero el pobre nene amanerado no entendía y prefería jugar con cacharros menos contenciosos.

Hay hombres que ladran. Ladran y no muerden. Se quedan agitaos, preconizando en tugurios de fin de año.

Y yo calladito contando. Tres, dos, uno.

■ *El autor es periodista y crítico cultural.*



José Delgado
Desde Washington

Silencio ensordecedor: Cuando en 1976 Juan Mari Bras fue candidato a gobernador de Puerto Rico, existió un complot para asesinarle.



ANA LYDIA VEGA
ESCRITORA

Alcanzar los ochenta años –edad que sobrepasa el promedio de la esperanza de vida en Occidente– es sin duda una hazaña festejable. Haber burlado el acecho de La Pelona durante un período tan prolongado exige, si no una constitución férrea, una suerte dorada.

Paradójicamente, lo que sería una bendición para el grueso de la humanidad representa un peligro mortal para los artistas, y en particular para los escritores. A juzgar por los numerosos ejemplos que ofrece la historia, estirar la pata a edad respetable conlleva serios riesgos para la carrera póstuma de un creador.

Así es la cosa. A mayor distancia entre la fecha de nacimiento y la fecha de defunción, menores las posibilidades de supervivencia en la memoria colectiva. Suena a sacrilegio, pero resulta innegable que la muerte prematura confiere un cierto glamour al difunto más ordinario. Y si además la rodean circunstancias sórdidas, épicas o trágicas, no habrá quien le deniegue a ese cadáver exquisito los laureles de la notoriedad.

Lord Byron, divo principalísimo del romanticismo británico, supo dar con la

fórmula perfecta para un resonante éxito de ultratumba. Sus escándalos sexuales le valieron la censura y el exilio. Su participación en la guerra de independencia griega lo elevó al rango de héroe libertario. Su dramática despedida a los treinta y seis en un pantano abyecto de Misolongui lo ascendió a la categoría de mártir. Todavía hoy, clubes de fans, páginas web, libros y películas se encargan de perpetuar su biografía fascinante.

Los males incurables y los vicios tenaces ejercen una seducción duradera. En siglos pasados, la tuberculosis, la sífilis y el consumo de opio y ajeno llevaron al estrellato posmortem a un sinnúmero de escritores condenados al ostracismo social. En nuestra época, un deceso repentino –accidentes aéreos, choques automovilísticos, infartos adelantados– acredita ipso facto al candidato. La locura galopante también cualifica. Un irónico giro del destino transforma la miseria humana en material consagratorio.

Por razones desconocidas –afirma James Kaufman en un artículo publicado en la revista “Death Studies”, los poetas suelen morir antes que otros es-

critores. La fama precoz, las expectativas frustradas, la alta incidencia de enfermedades mentales y de suicidios podrían explicar, según el estudio, su temprana desaparición. Espinoso oficio el de los versificadores, cuya celebridad es regalo de la muerte.

En cambio, el escritor de existencia sosegada, aquel que se jubila de un empleo fijo y paga puntualmente cuentas y contribuciones, tiene pocas probabilidades de criar leyenda. La ancianidad –sumada a la discreción en materia de travesuras carnales y aventuras tóxicas– relegará a las filas de los ciudadanos comunes y corrientes. El ejercicio sostenido de la pluma expondrá sin piedad la fatiga progresiva de su musa. Morir hecho un patriarca de bibliografía considerable y, para colmo en su propia cama, es de un aburrimiento que la posteridad no está dispuesta a perdonar.

Múltiples vejaciones aguardan al sufrido sobreviviente. Los autores debutantes –aquéllos que todavía pueden albergar la ilusión de no llegar a viejos– aprovecharán la longevidad del veterano para acusarlo de monopolio editorial. Si encima recibe premios y homenajes, despertará la furia generacio-

nal. Algunos nuevos pinos reclamarán con urgencia su retiro definitivo. Otros, más taimados, se autodesignarán sus herederos.

Ninguna de esas majaderías perturba la paz del que fallece a tiempo. Como el del vampiro, el rostro del muerto joven permanecerá eternamente lozano. No habrá jamás exhibits fotográficos de arrugas, mechones delatadores de canas, ni videos embarazosos que evidencien una chochera fatal.

Como Santiago Vidarte, aquel bardo boricua que exhaló el último suspiro a los veinte, su obra conservará intacta la promesa del genio malogrado. La trayectoria abruptamente interrumpida del finado provocará sesudas especulaciones sobre los prodigios que, de haber cumplido los cincuenta, hubiera podido generar.

Lo que la vida arrebató parece concederle la muerte. Peregrinaciones a cementerios y excursiones a lugares asociados con el ídolo fallecido alimentarán la pasión de los “groupies” literarios. Desde las brumas del más allá, los santos laicos de ese culto atemporal habrán logrado su máxima proeza: convertirse en su mejor personaje.

¿Ricos o pobres?

Los países, al igual que las personas, tienen que hacer resoluciones y tomar decisiones que les permitan dirigirse hacia algún destino. Puerto Rico no debe ser la excepción. Al comenzar el 2010, el País tiene que comenzar a tomar decisiones fundamentales en torno a cómo resolver la grave crisis económica que le afecta. La decisión que hay tomar es muy simple: Puerto Rico tiene que escoger entre ser una isla pobre o ser un país rico. A nivel global, el dilema es el mismo, y la gran mayoría de las economías han optado por enfocar sus políticas hacia el desarrollo económico y la creación de riqueza.

Si finalmente Puerto Rico aspira a ser una sociedad de progreso económico y social entonces hace falta un cambio radical en las políticas gubernamentales y en las actitudes colectivas para alcanzar los nuevos objetivos económicos.

El primer cambio debe ser habilitar un nuevo modelo económico capaz de producir riqueza nacional y que facilite la retención de esa riqueza localmente. Eso implica una ruptura total con el modelo viejo (aún vigente) fundamentado en la atracción de riqueza (capital) del exterior y la reexportación de esa

riqueza hacia su origen. Dentro de esta visión, igualmente importante es lograr una repartición equitativa de la riqueza que genere el País. El segundo cambio fundamental es acabar con el paternalismo que desalienta el progreso individual y la creación de riqueza. La actual quiebra económica y social del País está vinculada directamente al hecho irrefutable de que más de la mitad de la población capaz de trabajar está ausente de los procesos de producción de riqueza. En tercer lugar, hay que descriminalizar el éxito económico. No hay forma alguna que Puerto Rico pueda convertirse en una sociedad de progreso y éxito económico, mientras predominan discursos de clases sociales que criminalizan el empresarismo y la inversión.

Aunque ya perdimos una década, todavía el País está a tiempo para salvarse. Aún en Puerto Rico queda suficiente riqueza intelectual, financiera y cultural que podemos poner a trabajar a favor de una verdadera agenda de desarrollo económico.

Lo importante ahora es asumir una actitud colectiva enfocada hacia el progreso y el éxito para no volver a perder la próxima década.

gvelez@inteligenciapr.com

EL OJO PÚBLICO

• Para que la colaboración de un lector sea evaluada para publicarse en la sección “Voces” no debe superar las 300 palabras.
• Enviar por fax: (787) 641-3147
• Por e-mail: fvacas@elnuevodia.com, perspectiva@elnuevodia.com



■ CUANDO UN PADRE SE VA